

aquello que podríamos llamar “imparcialidad”. Así, para sólo dar un ejemplo, en relación con Hitler, aunque lo culpa de la derrota militar de Alemania y le recrimina duramente su obsesión con lo racial, le otorga el haber sacado a Alemania del pozo en que la hundió el tratado de Versalles tras la primera guerra mundial, con lo cual de paso reconoce que el nacionalsocialismo, como sistema político, tuvo varios aspectos positivos para el pueblo alemán... Una afirmación que pocos se atreverían a hacer en nuestros días. Así, después de cincuenta años de películas hollywoodenses como *Salvando al soldado Ryan*, *El gran escape* o *La batalla de Inglaterra*, puede resultar sorprendente para muchos de nosotros escuchar la siguiente declaración:

He de confesar que ningún enemigo fue tan odiado para mí como el norteamericano, por eso nunca creí en sus buenas intenciones. [...] La matanza de niños inocentes con juguetes explosivos durante los crudos años de la guerra, los tratos inhumanos a los prisioneros luego de la derrota, la decisión de no apoyar la liberación de Hungría y el robo de tecnología alemana, fueron situaciones que me separaron siempre de los norteamericanos. [pág. 95]

En el tercer capítulo, “Haidy y otros amores”, hay también sorpresas. Es una parte del libro signada por el ambiente de la posguerra, en un continente europeo lleno de cicatrices, donde los hombres jóvenes eran escasos, pues muchos habían muerto durante la guerra, en particular en Alemania y Austria. Sin embargo, es un capítulo que, paradójicamente, despide lo que podríamos llamar un “aroma a optimismo”. Luego de su liberación, Hermann, quien no había visto a su esposa durante varios años, se involucra en amores con varias mujeres, como si se quisiera desquitar del largo tiempo de soledad. La descripción de sus relaciones con ellas ocupa buena parte de las páginas del capítulo, pero otras

tantas páginas son ocupadas por las anécdotas de los oficios —no todos legales— que el excombatiente tuvo que desempeñar para sobrevivir en esa Europa en ruinas. En su “hoja de vida” se encuentra una decena al menos de profesiones disímiles, entre las que cabe destacar las de obrero, mayordomo, minero, campesino, proxeneta y contrabandista.



El último capítulo narra las experiencias de Hermann en Colombia. Decide emigrar luego de reencontrarse con su esposa; el hijo de ambos permanecerá en Hungría con su abuela, tras la Cortina de Hierro, y nunca volverán a verlo (aquí, sin embargo, adoptarán a un niño abandonado). Hoy, cuando la mayoría de la población colombiana vive en ciudades, este capítulo recuerda al lector una Colombia bastante desconocida, pues la Colombia del recuerdo de Hermann es rural hasta lo selvático. No es algo extraño, pues este inmigrante buscó sobrevivir del producto de la cacería y la pesca, y es obvio que considera esa época como una de las más felices de su vida, al menos hasta el momento en que sufrió una tragedia familiar. Como dicha tragedia fue propiciada en parte por cierta ingenuidad comercial, algo que no deja de sorprender en un hombre que ha vivido tantas experiencias, es otra prueba de que hasta el final del libro continuamos descubriendo nuevas facetas en Hermann.

Después del silencio es, en fin, un libro llamativo y bien construido. Quizá la única falencia grave es la

falta de vivacidad de los diálogos insertos en la narración, que resultan forzados y pesadamente moralistas si se les compara con la mayoría del texto, narrado en una dinámica primera persona. Aun así, el libro de Patricia Goyeneche sobre la vida de Helmuth Hermann tiene tal interés y amenidad que sin duda complacerá a muchos lectores.

Si algo ha hecho la literatura es recordarnos que cada ser humano es distinto, que cada vida de hombre y de mujer, si se le enfoca con una mirada literaria, tiene algo interesante que decir. En *Después del silencio* sabemos desde el prólogo que el texto es el resultado de un encuentro fortuito, pero no acabamos de descubrir sorpresas hasta el final de las páginas, por lo cual uno no puede evitar preguntarse cuántos seres humanos han vivido existencias tan fascinantes como la de Helmuth Hermann, pero no encontraron quién las contara, así que el huracán del tiempo las arrastró al olvido. No es raro, entonces, que al final del libro el lector sienta una sensación extraña... Melancolía por aquellas historias que nunca serán contadas, por esas vidas de las que nada aprenderemos, por esas letras que nunca leeremos.

ANDRÉS
GARCÍA LONDOÑO

Buenas plumas

El periodismo en Antioquia

Juan José Hoyos (selección y prólogo)
Biblioteca Pública Piloto, Concejo de Medellín, Alcaldía de Medellín, Secretaría de Cultura Ciudadana de Medellín, 2003, 502 págs.

Algunos tenemos la costumbre de andar hurgando en la prensa, escarbando y gozando con las crónicas, los artículos varios, los vaivenes políticos, las recetas de moda, la publicidad, los consejos, en fin. La prensa

escrita no es como dice la canción: “Tu amor es un periódico de ayer, que nadie más procura ya leer”. Por el contrario, aunque sea un oficio que exige inmediatez y aunque se olvide con tanta rapidez a quien colabora en un diario o una revista, es una fuente de investigación y gozo inagotable.

Juan José Hoyos presenta esta antología, *El periodismo en Antioquia*, donde reúne dos siglos de prensa escrita. Es un trabajo arduo —y el prologuista anota que no hubo el suficiente tiempo— y difícil, más aún en una antología que abarca dos siglos, pues tela de donde cortar sobra, y esta recopilación se ha realizado de una manera muy cuidadosa e intentando cubrir varios frentes, tanto políticamente como de género, pues se incluyen diversos perfiles, incluidas articulistas mujeres.



Los artículos están escogidos con mucho humor —algunos pecamos de ignorantes, no pertenecemos a la región y chocamos, pues, con personajes que desconocemos, pierden lustre, y no sobraría una pequeña aclaración— pero en una selección de más de ochenta artículos donde se tiene que escoger no sólo la extensión, sino el tema, el recorrido del autor, la factura, entre otros, pecar por regionalistas es lo de menos.

Gabriel Cano, Jorge Isaacs, Juan de Dios Uribe, Francisco Antonio Zea, Tomás Carrasquilla, Luis Tejada, León de Greiff, María Cano, Gonzalo Arango y Manuel Mejía Vallejo, entre otros, desfilan por esas páginas y hacen de la segunda anto-

logía del periodismo antioqueño —la primera se hizo en el siglo XIX— un suculento manjar, amén de un loable trabajo. En la lectura y el paseo de estilo durante los dos siglos, no es difícil darse cuenta de qué tan mal está el periodismo actualmente; en los diarios no se contratan escritores sino máquinas jóvenes que buscan la chiva, malformados e ignorantes.

Para quien no tenga esa manía de andar escarbando prensa o leyendo entre líneas los diarios actuales para encontrar las noticias inusuales, extraigo algunos trozos. Es posible que con estos ejemplos no sólo le pique el bicho de la curiosidad, sino que se contagie de ese vicio delicioso.

¿De qué sirve esa familia siempre contenta y dándose tono aunque es pobre? —por qué don Fulano de tal, en vez de reventar la vispera —pues no tiene un Cristo donde morir—, vive satisfecho y se trata a cuerpo de rey—¿Quién protege a Zutanita, hija de padres proletarios y que sin embargo va adelante con las que llevan las banderas de la moda? Preguntas son éstas que hoy se hace todo el mundo, hasta los que no nos oponemos a que cada cual haga de su capa un sayo.

Camilo Botero, en “Casos y cosas de Medellín—. Los petardistas”, con maestría y en el año 1886 trata un tema que no pierde vigencia. Los aprovechados y envidiosos nunca sobran y no se agotan:

Como D. Raimundo hay millones de prójimos, porque ha llegado la época en que medio mundo, en vez de reírse del otro medio, se lo come con el feroz deleite de un canibalismo refinado.

Y entre los muchos ejemplos que recrea, el siguiente:

—Conque se van el domingo para el Poblado, ¿no?

—Sí, doña Úrsula.

—¡Pero sí que pasean ustedes! Y una que vive metida en aquel cucarachero... Por mí no lo sien-

to; pero aquellas pobres muchachas sin ninguna distracción me parten el alma.

—¿No estuvieron el domingo con las Ortices en Poadeazúcar y con la familia de doña Cruz en Santa Helena, en diciembre?

—Sí, pero lo hicieron por fuerza... porque las obligaron. Como son tan bobas y no saben estar sino con gente de confianza... A ustedes sí que les tienen confianza... Ya ve ¡las quieren tanto! ¿Conque es cosa resuelta que se van el domingo?

—Es muy seguro, doña Úrsula. —¿Por qué no se llevan a esas muchachas? Hasta les podían servir de algo a ustedes...

—Propóngales U., doña Úrsula. Y doña Úrsula le acomoda a aquella familia la pejiquera de sus tres hijas, que son tres arpías que creen merecerlo todo, que viven de casa en casa, que se convidan en todos los paseos y que después murmuran de la familia que les soportó sus impertinencias.



Como las muchachas, son varios los ejemplos de los aprovechados, de aquel que presiona hasta que el incauto firma un papel con el que sabe que tiene todas las de perder, el que presta el piano y se lo devuelven sin cuerdas y rotos los pedales, el que pide plata prestada y aunque dice no tener un céntimo se muestra como un rey, etc.

Pero el espacio es corto; veamos una mujer, la Dama Negra, cronista de *El Colombiano* en los años veinte. Nunca se supo su verdadera identidad y se insistió en que era un hom-

Autorretratos en la Colección permanente del Banco de la República



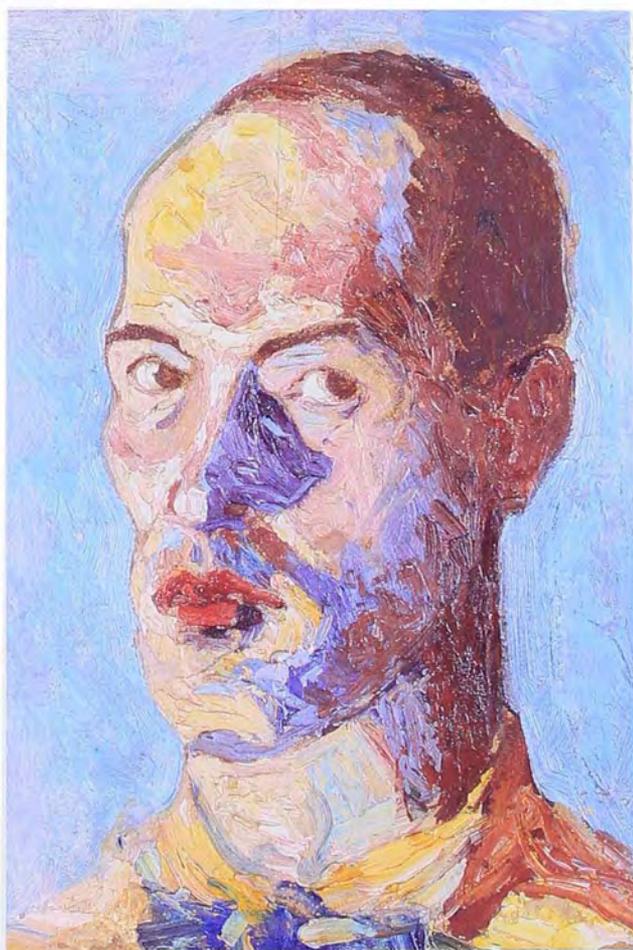
RAMÓN TORRES MÉNDEZ
(1809-1885)
Autorretrato
s. f.
Acuarela sobre papel
20,8 x 13,2 cm



ANDRÉS DE SANTA MARÍA
(1860-1945)
Autorretrato
1942
Óleo sobre tela
71,5 x 54 cm



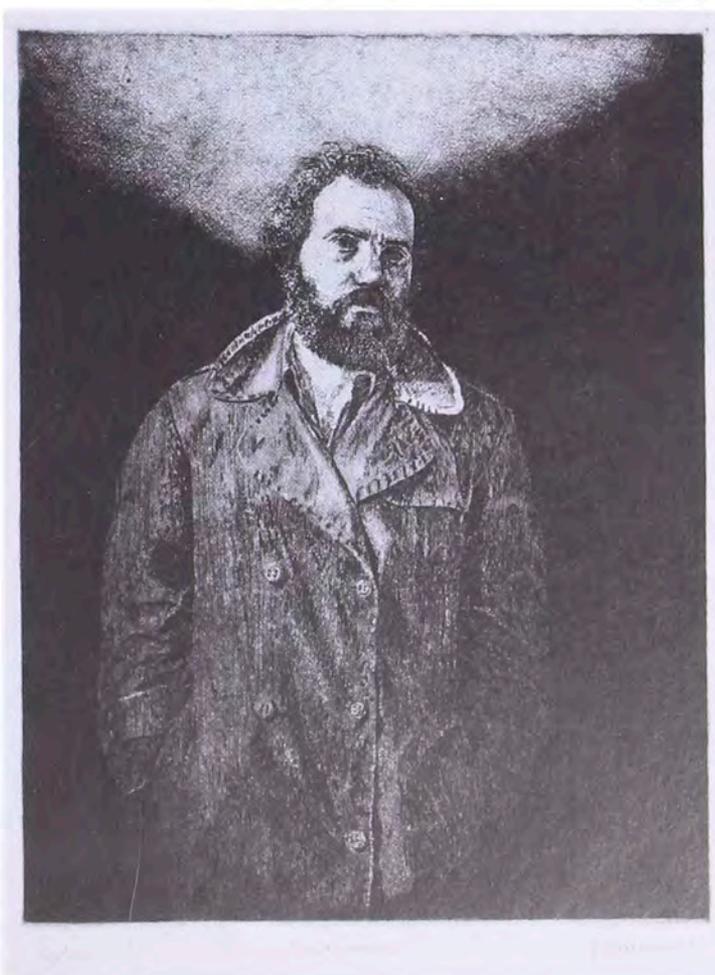
FÍDOLO GONZÁLEZ CAMARGO
(1883-1941)
Autorretrato
s. f.
Óleo sobre tela
73 x 53,5 CM



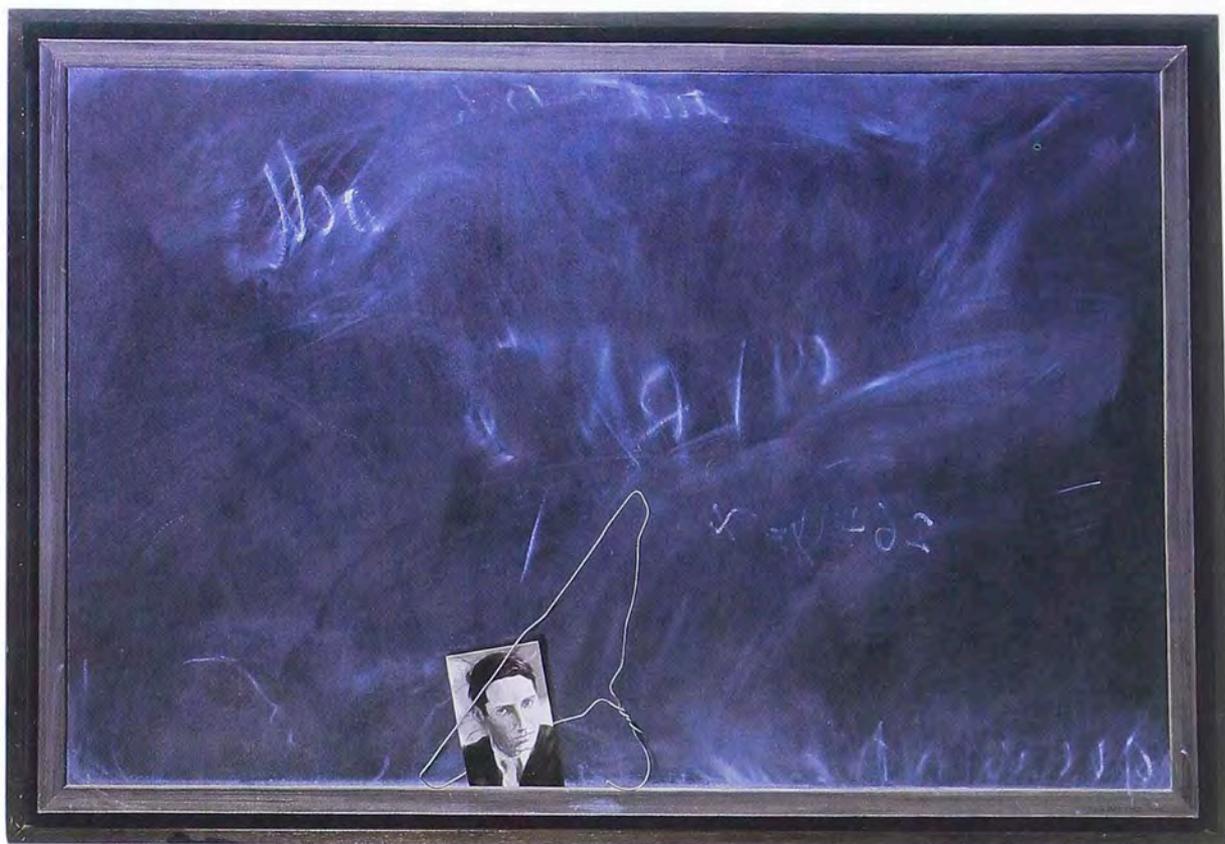
ALBERTO ARANGO URIBE
(1897-1941)
Autorretrato
s. f.
Óleo sobre cartón
36,8 x 26 CM



PEDRO NEL GÓMEZ
(1899-1984)
Autorretrato
1949
Óleo sobre tela
95,5 x 72 CM



ALFREDO GUERRERO
(N. 1936)
Autorretrato
(De la serie *Grabado en Colombia*
núm. 2)
1977
Grabado sobre metal
50 x 40 CM



SANTIAGO CÁRDENAS

(N. 1937)

Autorretrato y pizarra

1994

Óleo sobre lienzo

86 x 130 CM



LUIS CABALLERO

(1943-1995)

Autorretrato

c 1975

Carboncillo sobre papel

76 x 56 CM

bre, pues su agudeza, ironía y erudición no podían —para entonces— ser características de una mujer:

Tengo para mí que uno de los rasgos característicos de la mujer es su índole vengativa y rencorosa. Nosotras perdonamos, olvidamos a veces, pero siempre nos vengamos, sobre todo cuando se nos ha herido el amor propio. No creo que esto sea malo. La venganza, decían los antiguos, es placer de los dioses; y yo añado: la mujer que no sepa vengarse doblemente no es mujer.



Una crónica de Uriel Ospina, “Montparnasse, un recuerdo melancólico”, escrita en los años cincuenta, acusa un sabor tan de la época, es un adiós a una anciana, antaño modelo de Fujita y Modigliani que mendigaba en los cafés de Montparnasse; con su muerte se cierra el alma y recuerdo de un barrio bohemio. Rocío Vélez de Piedrahíta hace “un relato de la Vuelta a Colombia especialmente escrito para las personas que nunca han montado en bicicleta” y describe las carreteras:

Primero que todo expliquemos qué es una carretera Colombiana [...] aquí llamamos carretera a una trocha que se abre muy lentamente para unir dos pueblos vecinos. Si es un terreno plano, se guincha una faja de seis metros de ancho y queda lista la vía. Si es una montaña, se le hace a la misma un corte zigzagante, dejando eso sí a un lado el precipicio por donde

ruedan constantemente los vehículos en añicos y por el otro un barranco de tierra floja que se derrumba periódicamente.

Manuel Mejía Vallejo hace un irónico y agudo reportaje sobre la Nicaragua de Somoza, Guillermo Cano un homenaje a Álvaro Pachón de la Torre y a Tomás Carrasquilla, pluma afilada y crítica certera; otros recrean el Medellín de antaño con frescura, algunos ofrecen puyas políticas aquí y allá, se suceden recuerdos, homenajes y anécdotas, humor, remembranza y dolor, con plumas lúcidas y estilos diversos. Hay diatribas, peroratas, trivialidades, ejemplos de los periódicos más importantes de nuestro siglo XIX y artículos de los señores de nuestros diarios ya desaparecidos. Más de ochenta artículos para escoger y deleitarse con el periodismo de los antioqueños.

JIMENA
MONTAÑA CUÉLLAR

Académicos obnubilados con el fetiche de la globalización

Globalización y diversidad religiosa en Colombia

Ana María Bidegain Greisling y Juan Diego Demera Vargas (compiladores)
Universidad Nacional de Colombia,
Bogotá, 2005, 430 págs.

En los últimos quince años se ha impuesto en América Latina y en Colombia la moda intelectual y comercial de utilizar el vocablo *globalización* para denominar todos los aspectos de la vida y de la sociedad. Así se habla de la globalización de la economía, de las comunicaciones, de la política, de la cultura, de la información, de la cocina, de la lengua, del trabajo... y de todo lo que

nos podamos imaginar. Con un término tan ligero y carente de sentido como es el de *globalización* —un producto cultural propio de la dominación imperialista—, intelectuales, académicos e investigadores se apresuran a bautizar sus libros, sus encuentros profesionales, sus seminarios, sus cátedras, sin ni siquiera preguntarse sobre la validez epistemológica del vocablo, suponiendo que la globalización no necesita ser demostrada sino que es un hecho indiscutible e irreversible al que tenemos que aceptar como un axioma, o, como dicen sus cultores extremos (tipo Mario Vargas Llosa), como una nueva ley de la gravedad.



Resulta significativo constatar que con la palabra *globalización* ha estado sucediendo en los últimos tres lustros lo que aconteció con la noción de ‘desarrollo’ en las décadas de 1960 y 1970, cuando a gran parte del discurso dominante en la economía y las ciencias sociales se le antepone esa palabreja. Así se hablaba de desarrollo económico, desarrollo educativo, desarrollo cultural, política y desarrollo, cultura y desarrollo, problemas del desarrollo... En la época era casi una obligación referirse al tema del desarrollo para lograr audiencia y recursos en los proyectos de investigación que se realizaran o para tener reconocimiento en los círculos académicos dominantes, tanto en América Latina como en Estados Unidos y en Europa. Pero lo más importante de esa experiencia radicó en que en la realidad nunca alcanzamos algo parecido al desarrollo y, antes por el